

Los pueblos si se equivocan

Germán Carrera Damas

gcarrera@cantv.net

EL Nacional, 2 de febrero de 2000.

En muchas ocasiones he escuchado esta sentencia: “los pueblos nunca se equivocan”. Ella suele venirle sobre todo a los candidatos derrotados, que tratan de mantenerse abierto el porvenir exhibiendo una falsa modestia. Prescindo de la obvia invocación de tan engañosa sentencia por quienes se sienten triunfadores. Me atengo al dictado de mi oficio de historiador crítico y mi responsabilidad intelectual.

Como historiador crítico creo haber comprobado que los pueblos sí se equivocan. Lo que es peor, hay pruebas de que cuando tal cosa sucede los errores cometidos suelen ser especialmente graves, de esos que toma largo tiempo, incluso el de varias generaciones, repararlos en sus efectos menos tenaces, pues su huella sobrevive enquistada en el inconsciente colectivo, y en él permanece como al acecho de la oportunidad de rebrotar.

Así le sucedió al pueblo alemán cuando encarnó su frustración en Adolfo Hitler. Así le sucedió al pueblo ruso cuando alienó sus valores y su grandeza genuinas en la obtusa racionalidad de José Stalin. Así le sucedió al pueblo argentino cuando volcó su sensibilidad para arropar la desnudez sentimentaloides de Evita, y la vaciedad jactanciosa de Juan Domingo Perón. Así le está sucediendo al pueblo venezolano al arrojar por la borda su destino histórico, poniéndolo en manos del voluntarismo bolivariano de Hugo Chávez Frías, y de quienes comparten activamente con él la culpa de intentar hacer que la sociedad venezolana retroceda medio siglo.

Como lo hicieron los otros pueblos mencionados, el venezolano pagará caro su desvarío. Probablemente sólo le quedará, a unos pocos el consuelo de creer que de esta manera habremos de tocar fondo en nuestra desorientación moral y política. Y también que en algún momento reanudaremos la marcha ascendente, para llegar en el tiempo de una o dos generaciones a retomar el camino que incautamente abandonamos.

Como intelectual responsable, creo que la cuestión no es intentar volver al pasado. Como historiador crítico jamás podría admitir tan absurda meta. La cuestión planteada es retomar el camino hacia la conformación de una sociedad genuinamente democrática. Aunque esté poblado de dificultades, ese camino es el único que podrá conducir al bienestar social y moral de los venezolanos. Toda substitución de los resultados procurados socialmente, por mandatos ordenadores, salvacionistas o mesiánicos, conducirá necesariamente a un retroceso de los valores del individuo y de la sociedad, que

constituyen su bagaje de humanidad pensante, deliberante y responsable de su destino. ¡Una larguísima y siempre cruel sucesión de regeneradores de la patria lastra la historia de Venezuela!

A medida que mi conciencia de historiador ha madurado, se me ha hecho más difícil atribuir responsabilidades. Muy lejos estoy de la concepción de la historia como un tribunal que ha de tener por misión sentenciar sobre culpas e inocencia. Pero admito que no es posible comprender y explicar los acontecimientos históricos sin pasar por el señalamiento del papel desempeñado por sus actores, colectivos e individuales.

Mas es imposible realizar ese señalamiento de papeles sin proceder a caracterizarlos, y esta operación conlleva, quiérase o no, estimular en quien la realiza y en los demás la formulación de juicios de valor. Imposible ignorar o desdeñar esto. Pero estoy consciente de que la razón histórica me impide refugiarme en una acomodaticia generalización de la culpa que, simulando ecuanimidad, en realidad sirva para disimular propias y ajenas culpas.

Rechazo, por consiguiente, la proposición de que todos somos culpables. Jamás he compartido el criterio de que las faltas se valen, se haya incurrido en ellas por comisión o por omisión. Hoy acepto ese criterio menos que nunca, porque el trasfondo de cobardía cívica perceptible en la falsa ecuanimidad de que todavía hacemos gala algunos observadores, es parcialmente responsable de las equivocaciones cometidas por el pueblo venezolano.

Ante los errores, más aún los reiterados, únicamente cabe la valiente admisión de culpa y la consiguiente asunción de responsabilidad. Sólo de allí puede manar la entereza requerida para la realización de la tarea de rescatar la razón del secuestro de que se le ha hecho y se le hace víctima casi a cada instante, por hombres cuya acumulada hambre de poder los hace incurrir en las más extravagantes y agresivas desmesuras. Me refiero, por ejemplo, al hambre de poder que llevó al primer Presidente del Poder Moral a no advertir que su admisión de haber sido "designado a dedo", lo invalida éticamente, ante la sociedad y ante la historia, hasta el punto de comprometer de manera irreparable el prestigio del artificio institucional que estaría llamado a conducir ejemplarmente.

No pretendo atribuirme la función de acusador de todos los que hemos participado en ese engaño de la razón, que consiste en disimular la cobardía tras un velo de tolerancia. Me basta con asumir la parte que me toca y

conservar la serenidad de espíritu necesaria para preservar mi confianza crítica en la democracia.